

Francisco Javier González García*Universidad de Santiago de Compostela*

franciscojavier.gonzalez@usc.es

La obra, en cuidada edición en cartóné profusamente ilustrada, recopila trece trabajos sobre distintos aspectos relacionados con los procesos de fortificación en la Prehistoria y la Antigüedad que, en origen, conformaron la sesión de trabajo “Concepts of fortification in Pre- and Protohistory” organizada por los editores del libro en septiembre de 2014 durante la XX Reunión Anual de la Asociación Europea de Arqueólogos en Estambul.

Con excepción del primer capítulo introductorio, el libro se organiza según un criterio cronológico y geográfico que nos lleva desde la Europa del V y el III milenio a.C. (Bulgaria y la costa mediterránea española: capítulos 2 y 3), hasta la Edad del Bronce del Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente antiguo (Egipto faraónico, bronce egeo, mundo hitita y Asiria: capítulos 4, 5, 6 y 7) y el mundo clásico (Grecia, Roma: capítulos 8 y 9) para acabar concluyendo con una serie de estudios centrados en una extensa área geográfica de la Edad del Hierro europea (Italia, Alemania, Francia, Península Ibérica e Islas Británicas: capítulos 10, 11, 12, 13 y 14).

En el capítulo de presentación (“Understanding Ancient Fortifications: Between Regionality and Connectivity – An Introduction”, pp. 1-4), firmado por Ariane Ballmer, Manuel Fernández-Götz y Dirk Paul Mielke, se destacan las dos características que explican la razón de ser del volumen: la importancia de la fortificación en las sociedades prehistóricas y antiguas y la dificultad que, en la actualidad, tenemos para comprender su significado, manifiesta, por ejemplo, en la aceptación de su carácter polisémico, fruto del reconocimiento, junto a su funcionalidad defensiva, de otros importantes valores simbólicos. Estas diversas dimensiones de la fortificación son, precisamente, las responsables del interés manifestado hacia dicho fenómeno por la reciente investigación histórica y arqueológica.

Kamen Boyadzhiev (“Environmental and Cultural Factors in the Development of Chalcolithic Fortifications in Bulgaria”, pp. 5-12) estudia las mejoras de los procesos de fortificación, evidentes en los patrones arquitectónicos y de asentamiento, del Calcolítico búlgaro (V milenio a.C.); período que, a juzgar por el carácter fortificado de los hábitats, el incremento del número y variedad de armas y las evidencias de destrucción por fuego, parece haberse caracterizado por un incremento de las tensiones y conflictos armados.

El estudio de Boyadzhiev relaciona las diferencias apreciables entre las distintas estructuras defensivas con la topografía de los yacimientos, los diversos tipos constructivos (empalizadas, terraplenes, fosos, murallas de piedra) y sus distintas combinaciones, dando cuenta, así, de la existencia, en dicho proceso, de distintas condiciones medioambientales, tradiciones culturales y situaciones sociales.

Las comunidades humanas del Mediterráneo oriental y occidental vivieron, entre 3100/3000 cal a.C. y 2200 cal a.C., un proceso de fortificación, paralelo al desarrollo de formas más permanentes de hábitat, manifestado mediante la construcción de murallas, torres bastiones e, incluso, puertas fortificadas que se tiene que relacionar con un incremento de las agresiones inter-grupales y cambios en las tácticas poliorcéticas y de combate. La revisión de dicho proceso realizada por Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete y Roberto Risch (“Fortifications and Violence in the Mediterranean During the Third Millennium Cal BC”, pp. 13-23) les permite contextualizar la aparición, a fines de dicho período, del yacimiento de La Bastida (Murcia, SE de España). La presencia en este asentamiento, primer centro urbano del Mediterráneo occidental emplazado en una colina con magníficas condiciones defensivas, de un elaborado y planificado sistema de fortificación con paralelos en el Mediterráneo oriental, obliga a replantearse el problema de la circulación de ideas dentro de dicho ámbito geográfico en el III milenio cal a.C.

Carola Vogel (“Pharaoh’s Mighty Walls – Egypt’s Fortification System in the Third and Second Millennium BC”, pp. 25-41) analiza, atendiendo a evidencias conocidas y a aportaciones recientes, la historia de las fortificaciones egipcias entre el Bronce Inicial y Final. Su estudio constata la frecuencia de la ubicación de las fortalezas egipcias en áreas fronterizas problemáticas, con la finalidad de controlar el territorio egipcio y defenderlo de sus principales enemigos: el nordeste, en el sector del Delta y el Sinaí, el área del desierto occidental, a lo largo de la costa del levante mediterráneo y, al sur, en la primera catarata del Nilo, cerrando, así, Egipto a cualquier posible intrusión foránea; una organización defensiva reforzada, además, mediante líneas de defensa que conectaban entre sí las fortalezas próximas y aseguraban las rutas fluviales y terrestres.

El análisis de las fases de fortificación de diversos yacimientos egeos de Edad del Bronce, (entre ellos Troya, el Hereo de Samos y Colona en la isla de Egina) permite elaborar a Walter Gauss (“Fortification Systems of the Aegean Bronze Age. The Early and Middle Bronze Age”, pp. 43-61) una sistematización de las principales fases constructivas y características comunes de las fortificaciones prehistóricas egeas desde el Neolítico Final/Calcolítico hasta el Bronce Medio. Este proceso de fortificación, según se deduce del estudio, tuvo sus momentos álgidos en el Bronce Inicial (con presencia de vacíos en el Egeo central y continente griego), la segunda mitad del Bronce Medio (difusión de la fortificación por Creta, Argólide, Ática o Mesenia) y sobre todo a inicios del Bronce Final (quizás en relación con las transformaciones que explican el desarrollo de la cultura micénica).

La escasez de restos arqueológicos conocidos ha provocado que el estudio de las fortificaciones hititas, como señala Dirk Paul Mielke (“Hittite Fortifications Between Function and Symbolism”, pp. 63-81), se haya realizado, tradicionalmente, a partir de materiales aportados por Hatussas (actual Boğazköy) o Alaca Höyük y prestando especial atención a

aspectos crono-tipológicos y al análisis de monumentos individuales. Mielke, rompiendo con esta tradición, estudia las características de las fortificaciones hititas atendiendo a sus distintos aspectos (arquitectónicos, técnicos, funcionales o simbólicos) y a la relación e imbricación existente entre ellos.

Simon Halana (“Protecting Civilisation: Cosmological and Ideological Concepts Behind City Walls in Assyria”, pp. 83-91) analiza el valor simbólico de las fortificaciones asirias. La ciudad, ámbito característico de la civilización según la antigua cosmovisión mesopotámica, estaba constantemente amenazada por el caos y las fuerzas demoníacas que el rey debía rechazar y vencer para, de ese modo, reinstaurar el orden del mundo que los dioses habían establecido en el origen de los tiempos. Halana, a partir de materiales procedentes de Assur, Nínive o Dur-Sharrukin, ofrece una hipótesis del papel desempeñado por las murallas y las puertas dentro de la concepción asiria de la ciudad, prestando especial atención al carácter sagrado de dichos elementos, sus similitudes con la técnica arquitectónica de los templos y a las implicaciones teológicas e ideológicas de los nombres que se usaron para designarlos en la Asiria del I milenio a.C.

En “Greek Fortifications Before the Persian Wars. An Overview” (pp. 93-109) Oliver Hüllden pone en duda una frecuente afirmación de la investigación más reciente sobre fortificaciones griegas de Época Geométrica y Arcaica: la existencia de circuitos defensivos de murallas en prácticamente todas las *póleis* de dicho período. Hüllden concluye que el desarrollo de las fortificaciones griegas más antiguas fue un proceso muy complejo, caracterizado por una fase de experimentación que provocó reacciones diferentes en las distintas comunidades helénicas: desde aquellas con una fortificación rápida y considerable hasta otras en las que ésta fue más tímida o, incluso, inexistente.

La revisión de los sistemas defensivos de los principales asentamientos del área de Roma durante los dos primeros tercios del I milenio a.C. que desarrolla Alfred J. Nijboer (“Fortifications in and Around Rome, 950-300 BC”, pp. 111-122) nos permite seguir la transformación de sus formas más antiguas de fortificación, basadas en una ubicación de los hábitats en lugares elevados, con encastillamiento natural, complementada con la construcción de fosos, terraplenes e incluso murallas de piedra. Esta combinación de elementos pretendía evitar la construcción, en asentamientos con superficies que llegaban a las 200 ha, de grandes cinturones perimetrales de murallas. Roma, como se apunta en el estudio, fue, a este respecto, una excepción, al contar, entre 600-550 a.C., con un sector intramuros que doblaba al de cualquier ciudad etrusca. En el trabajo también se presta atención a las técnicas constructivas, defendiendo la generalización de murallas de cantería desde el siglo VI a.C. y retrasando al siglo III a.C. la construcción de grandes cinturones de murallas de aparejo poligonal de gran tamaño. Nijboer también revisa el proceso de fortificación en Italia central mediante el análisis de algunos de los principales yacimientos (Veyes, Ardea o Crustumerium) que permiten conocer las modificaciones vividas por su planificación defensiva con posterioridad al establecimiento de su perímetro proto-urbano o urbano.

Sophie Helas (“The Iron Age Fortifications of Gabii/*Latium* (Italy)”, pp. 123-133) analiza los grandes recintos fortificados característicos de los asentamientos del Lacio desde los inicios de su historia, con especial atención a las fortificaciones de Gabios, a

su disposición general, características y diseño a inicios de la Edad del Hierro. El análisis de estas construcciones defensivas, principal evidencia del ambiente de inminente y constante peligro vivido por las comunidades de esta época, también tiene en consideración su carácter como construcciones colectivas, orientadas a asegurar la protección de los hogares y la conservación de los recursos, naturales y culturales, y el sustento del conjunto de la comunidad. Helas presta atención, también, a los motivos que pudieron llevar a la construcción de estas estructuras, mostrando sus posibles efectos sobre las comunidades que protegían. Estas fortificaciones latinas, erigidas principalmente para proteger y defender áreas de uso parcialmente agrícola, habrían sido, en opinión de Helas, un requisito previo para el desarrollo de los asentamientos urbanos.

A través del examen de varias fortificaciones del sudoeste de Alemania, Ariane Ballmer (“The Introduction of the *Pfostenschlitz* Concept in the Fortification Architecture of North-West Alpine Hallstatt Circle”, pp. 135-146) ofrece una hipótesis sobre el origen y las etapas iniciales del muro *Pfostenschlitz*. Esta novedosa técnica de construcción de fortificaciones, cuya introducción se fecha en el tránsito hacia el siglo V a.C. (Hallstatt Final), se caracteriza por alternar, en la cara externa de la muralla, lienzos de mampostería asentada en seco y grandes postes lígneos hincados en tierra y anclados a otros postes, situados en la cara interior de la fortificación, mediante travesaños de madera integrados en el relleno de tierra del cuerpo central de la muralla. En el origen de esta técnica, según la hipótesis de Ballmer, confluyeron, posiblemente, tradiciones autóctonas, como las técnicas de construcción en madera, e influjos externos, como la estética de tipo mediterráneo a la que parecen remitir las secciones de piedra de la cara exterior de la fortificación.

Dos excepcionales construcciones (un muro defensivo y una gran puerta monumental) descubiertas en el asentamiento fortificado en altura de Heuneburg permiten reflexionar a Bettina Arnold y Manuel Fernández-Götz (“Agency in Architectural Choice: The Heuneburg Hillfort as Monument and Metaphor”, pp. 147-155) sobre la transferencia tecnológica y la interacción regional en Europa central durante el Hierro Inicial. Heuneburg fue, durante los siglos VI y V a.C., un floreciente lugar central, político y económico, en contacto con distantes regiones mediterráneas como Etruria o las colonias griegas del sur de Italia; relaciones que se manifiestan en la construcción, en el siglo VI a.C., de una fortificación y una puerta monumental a base de adobe, material desconocido hasta ese momento en Europa central pero muy frecuente, en cambio, en el área mediterránea. Ambas construcciones, adaptación de técnicas foráneas a formas de hacer locales, pueden dar cuenta, en opinión de los autores, de una decisión puntual de la elite dirigente que pretendía poner de manifiesto el poder e importancia alcanzados en ese momento por el asentamiento. La sustitución de la fortificación de adobe, tras un incendio ocurrido hacia 540-530 a.C., por otra de madera y tierra, acontecimiento coetáneo a una reorganización espacial del sitio que quizás informe sobre una reducción del poder de Heuneburg, es interpretada por Arnold y Fernández-Götz, con ayuda del concepto de “responsive environment”, como una posible reacción de la población local que, aprovechando la nueva situación, recupera sus tradiciones constructivas y rechaza la antigua afirmación de poder manifestada mediante el uso de técnicas constructivas foráneas.

Luis Berrocal-Rangel (“Defences or Defenders? New Interpretations on Upright-Stone Bands in Late European Prehistory” (pp. 157-169) ofrece una nueva interpretación del sistema defensivo a base de cinturones de piedras hincadas alrededor de los castros de Edad del Hierro e inicios de época romana que, atestiguado en la Península Ibérica, las Islas Británicas y de forma menos generalizada en Francia e Italia, generalmente se denomina *chevaux-de-frise*. Amparándose en recientes descubrimientos y en nuevas dataciones radio-carbónicas, Berrocal sitúa en la Edad del Bronce el origen de esta técnica de defensa que posteriormente, por influjo de las técnicas militares del hierro final y época romana, conoció diversas modificaciones en la fachada occidental europea. Esta interpretación supone una nueva consideración, basada en la Arqueología del Paisaje y el análisis de las capacidades del armamento de la época, sobre el funcionamiento de dicho sistema. El trabajo, sin rechazar la funcionalidad defensiva de los *chevaux-de-frise*, también hace hincapié en su significado simbólico, enfatizando el carácter permanente de los cinturones pétreos, su monumentalidad e impacto en el paisaje. En el estudio se propone un origen prehistórico y una explicación inspirada por antiguas tradiciones míticas europeas relacionadas con contextos fundacionales y defensivos, como el mito griego de Cadmo y los *spartoi*.

En “The Purpose of Gallic *Oppida* Ramparts: A Reappraisal” (pp. 171-180) Pierre Moret se sitúa a contracorriente de la interpretación que, en las últimas décadas, otorga una función predominantemente simbólica a las murallas de los *oppida* de La Tène, dudando, así, de su funcionalidad defensiva. El trabajo pone de relieve cómo estas estructuras, en especial el tipo *muris gallicus*, son, por técnica constructiva, morfología y diseño, ejemplos muy pensados de planificación defensiva, perfectamente adaptados a las formas de guerra y tácticas de asedio del mundo celta de la época. Según Moret, la fortificación no habría sido una característica básica del urbanismo céltico desde sus orígenes, como parece mostrarlo la diferencia temporal de aproximadamente un siglo entre la aparición de los primeros grandes asentamientos comerciales proto-urbanos y el desarrollo de los procesos de fortificación en un momento tardío, a partir del siglo III a.C., del proceso de urbanización de la cultura de La Tène.

Como se puede ver a través de esta breve presentación de sus contenidos, la obra ofrece un magnífico ejemplo de la diversidad y variedad imperantes en la investigación actual sobre los sistemas de fortificación prehistóricos y antiguos, además de permitir acceder, al lector, a algunos de sus resultados más novedosos e interpretaciones más recientes.